

# El movimiento sindical canadiense en la actualidad: éxitos parciales y retos verdaderos

**Barry Brennan**

**E**s innegable que, durante los últimos veinte años, el movimiento obrero canadiense ha disfrutado de mejor salud que su vecino del sur. En muchos aspectos, los sindicatos canadienses representan un contrapunto positivo respecto al momento de crisis por el que están atravesando los sindicatos de los Estados Unidos.

En Canadá, los niveles de afiliación sindical ascienden al 30% (un 18% en el sector privado y un 72% en el sector público), porcentaje que contrasta con el 12,5% de los Estados Unidos (un 8% en el sector privado y un 36% en el sector público).<sup>1</sup> Los canadienses evitamos el desarmante simbolismo que representaron los líderes del sindicato estadounidense PATCO (controladores aéreos) conducidos a la prisión con cadenas y el mensaje de derrota total que lo acompañaba. Los sindicatos de sectores clave como el del automóvil llevan dos décadas librando una batalla contra la negociación de concesiones a los empresarios y, hasta el momento, han evitado que salieran adelante acuerdos salariales de múltiples niveles. Los sindicatos del sector público han vinculado la defensa de sus trabajadores a estrategias relativamente eficaces que pretenden mantener un fuerte apoyo popular ligado al fomento de la sanidad pública y los servicios sociales.

Históricamente, el movimiento obrero canadiense se ha mantenido al margen de cualquier relación con los partidos capitalistas más importantes. Se ha aliado, por el contrario, con el partido socialdemócrata New Democratic Party

---

• Artículo publicado en *MR*, vol. 57, nº 2, junio de 2005, pp. 46-61. Traducción de Marta Caro. Barry Brennan es activista del movimiento sindical canadiense.

(NDP), del Canadá inglés, y con el partido soberanista de Québec, el Parti Québécois (PQ), de marcada influencia socialdemócrata, al menos desde mediados de la década de 1970 hasta principios de la de 1980. La supuesta prueba de la eficacia de esta estrategia la conforma una red social de seguridad muy fuerte, de la que la atención médica sería la joya de la corona. El movimiento obrero canadiense se ha vuelto también más canadiense. Hasta principios de la década de 1990, los trabajadores estaban afiliados a sindicatos internacionales, es decir, estadounidenses. Hoy en día, casi el 70% de la fuerza laboral canadiense organizada está afiliada a sindicatos del país.

La izquierda socialista también ha mantenido una presencia más notable en el sindicalismo canadiense que en el estadounidense. En muchos sindicatos las purgas anticomunistas no fueron tan profundas, hecho que ha influido en la orientación política y económica del movimiento sindical en los momentos críticos.

Pero si miramos hoy bajo la superficie, la situación no es tan halagüeña. Los efectos a largo plazo de la reestructuración inspirada por el neoliberalismo e iniciada a finales de la década de 1970 han modificado el aspecto del actual paisaje económico de Canadá. Los empresarios tienen ahora mayor poder para exigir concesiones y suelen amenazar con consecuencias como la absorción por parte de una corporación estadounidense, la fuga de las inversiones fuera del país, el aumento de la dependencia de las decisiones de inversión transnacionales, la externalización o la declaración de bancarrota. Sea como sea, la lógica de la reestructuración capitalista está muy presente en las mentes de los trabajadores. A eso hay que unir, además, el asalto que, desde finales de la década de 1970, se ha efectuado contra los derechos de los sindicatos del sector público. En lugar de optar por la negociación, los Gobiernos han utilizado cada vez más su capacidad legislativa para forzar a los trabajadores del sector público a volver al trabajo.<sup>2</sup>

Cada vez ha ido cobrando mayor relevancia dentro de la vida de la clase trabajadora la existencia de marcadas diferencias salariales, diferencias en la titularidad del empleo, en la seguridad de este y en las condiciones de trabajo. El trabajo precario es cada vez más frecuente. A los trabajadores que disfrutaban de buenas condiciones laborales les preocupa la posibilidad de perder el empleo y verse forzados a descender de nivel dentro del mercado laboral. A medida que se baja de nivel, los que sobreviven a base de trabajar más horas o de hacer otro tipo de sacrificios culpan de su situación a quienes se encuentran en los niveles inferiores. Los más pobres apenas muestran solidaridad alguna con el resto de su clase. La reducción de los servicios y de los derechos sociales, así como la ausencia de experiencias colectivas de lucha común, han ayudado a crear una «desorganización» de la clase obrera. Cada vez es mayor la resignación ante el statu quo y la aceptación de este, lo que lleva a una búsqueda individual de soluciones.<sup>3</sup>

Todos esos factores han contribuido a socavar muchos de los viejos éxitos logrados por el movimiento obrero canadiense y a situarlo en una posición de vulnerabilidad. Pero sólo reflejan parte de la historia. En la época presente, en la que el capital continúa desmantelando agresivamente lo que queda del estado de bienestar, el movimiento se ha mostrado incapaz y poco dispuesto a reconocer la profundidad de la crisis, la imposibilidad de resucitar el compromiso al que se llegó tras la Segunda Guerra Mundial y la necesidad de radicalizar su enfoque político y la manera de trabajar y organizarse.

La comparación con los Estados Unidos oculta la curva descendente que describen los niveles de afiliación en Canadá. La densidad más alta, el 40%, se registró a mediados de la década de 1980; luego, durante la década de 1990, la afiliación descendió hasta el 36%, para llegar después al 30,4% de la actualidad. El descenso más significativo se produjo en el sector privado, que bajó de casi el 30% a mediados de la década de 1980 hasta menos de un 20% en la actualidad. Las cifras en el sector público se han mantenido bastante estables.<sup>4</sup>

Las cifras de afiliación presentan marcadas variaciones en todo el país. Newfoundland/Labrador y Québec presentan los niveles más altos, ambos alrededor del 40%. Pero en Ontario, el corazón industrial de Canadá y, con mucho, la provincia más poblada, las tasas totales se han mantenido en alrededor del 27%, mientras que la tasa en el sector privado es del 17,8%. Los sindicatos han conseguido nuevos afiliados, pero los modestos logros obtenidos se han mantenido por debajo del ritmo de crecimiento de la fuerza de trabajo.<sup>5</sup>

El descenso de la cobertura sindical ha afectado más a los hombres que a las mujeres. El porcentaje de trabajadores masculinos sindicados pasó de un 50% a mediados de la década de 1980 a casi un tercio en la actualidad. El porcentaje de mujeres ha disminuido mucho menos y se ha mantenido estable en un 32% desde 1997. Ese hecho refleja la mayor presencia de las mujeres en el sector público, donde dos tercios de los trabajadores son mujeres. El 61% de los hombres sindicados trabajan en el sector público.<sup>6</sup>

Durante este periodo de agresividad empresarial, la mayoría de sindicatos han retrocedido a una posición defensiva.

En la industria del automóvil y componentes automovilísticos —el sector industrial más importante de Canadá— la Organización Mundial de Comercio (OMC) ha suspendido las normas del Pacto Canadiense-estadounidense sobre el Automóvil que vinculaba el acceso al mercado a los niveles de inversión. El NAFTA (Tratado de Libre Comercio) defiende unas reglas de contenido continental más que nacional. Sin un régimen eficaz impuesto por el Estado que regule las inversiones y con un creciente exceso de capacidad en la industria, los Trabajadores Canadienses del Automóvil (CAW) —el mayor sindicato del sector privado del país— dependen cada vez más de las decisiones de inversión de las compañías multinacionales estadounidenses del sector del automóvil y

cada vez tienen menos capacidad para exigir que estas se estructuren o se rijan por vía política.

Las plantas de fabricación de automóviles japonesas no sindicadas como Toyota y Honda han aumentado cada vez más su cuota de mercado. La competitividad ha sacudido a los suministradores independientes de componentes, así como el hecho de que los ensambladores reclaman de estos nuevas responsabilidades en el diseño y fabricación y exigen continuas reducciones de costes. Así pues, estos han respondido con fuertes presiones para obtener concesiones por parte de los sindicatos. También en este sector ha aumentado el porcentaje de trabajadores no sindicados.

El CAW se desvinculó del sindicato estadounidense UAW (Unión de Trabajadores del Automóvil) en 1984. La razón estribó en la negativa de la sección canadiense a aceptar las concesiones exigidas por los tres grandes fabricantes de automóviles. Desde entonces, el sindicato se ha seguido defendiendo contra los intentos de imponer la diferenciación por niveles de los acuerdos salariales y de prestaciones y ha sido capaz de obtener sustanciales mejoras durante estos años a pesar de atravesar por diversos periodos de dificultad.

Inmediatamente después de su formación y hasta finales del siglo pasado, el CAW desafió abiertamente la ideología de la competitividad sosteniendo que, aunque el éxito competitivo de los empresarios suponía ciertamente una limitación, este no debía convertirse nunca en un objetivo de los trabajadores. Desde esa perspectiva, el sindicato siempre buscó consolidar la independencia, la visión y el poder de los trabajadores, incluso cuando no era posible obtener beneficios a corto plazo. Sus objetivos a largo plazo consistieron en reducir las imposiciones del mercado a través de la lucha y de la acción política. El sindicato funcionó así durante muchos años; logró grandes avances en la negociación colectiva durante los difíciles años de 1980 y 1990 y a principios de la década de 2000; organizó una serie de acciones industriales militantes como la ocupación de plantas de la década de 1990 y presión para obtener una mayor cobertura política.

En los últimos años, sin embargo, los desafíos al objetivo de aumentar la competitividad no se han terminado, como tampoco lo han hecho las ocupaciones de plantas. El sindicato sigue luchando contra los intentos de reabrir los acuerdos y volver a plantear el recorte de los salarios y las prestaciones. Sin embargo, aplicar los principios negociados en las tres grandes compañías de automóviles al sector de los componentes se está haciendo cada vez más difícil, ya que la dirección recurre al argumento de que los costes laborales no son competitivos. Tras el éxito parcial obtenido por los empresarios en la modificación de las condiciones laborales, ahora se intenta modificar las horas de trabajo. El aumento de la intensidad del trabajo que comporta el intento de potenciar la productividad recurriendo a formas de producción que requieran poco personal es uno de los problemas actuales de los trabajadores de la mayo-

ría de fábricas de ensamblaje y producción de suministros automovilísticos. Los resultados obtenidos por el sindicato a la hora de enfrentarse a esa situación son poco uniformes.

El sindicato ha desarrollado un extenso programa para luchar por la creación de puestos de trabajo en el sector del automóvil, incluidas campañas en las comunidades locales con la colaboración de los afiliados. Una de sus exigencias ha sido que el Gobierno proporcionara subsidios para apoyar las inversiones corporativas. Pese a que los subsidios estatales a la inversión multinacional constituyen un desafortunado hecho de la vida del mundo moderno, movilizar a los trabajadores para exigir subsidios destinados a los empresarios que los emplean —que son las corporaciones más ricas del mundo— socava la independencia y la fuerza ideológica del sindicato. Amenaza también los lazos de solidaridad entre los trabajadores sindicados, los desempleados y los receptores de ayudas sociales, que pasan a competir por unas transferencias sociales que, por lo demás, pueden convertirse en subsidios a las multinacionales estadounidenses. Dentro de su política, han exigido también la supresión de las restricciones impuestas por el NAFTA, aunque, hasta el momento, no es esa una tarea que se haya emprendido muy en serio. Lo que hace falta es un movimiento con un núcleo obrero que proponga alternativas políticas progresistas a la dependencia de la competitividad. Este sigue sin aparecer y los trabajadores se encuentran cada vez más a merced de las fuerzas competitivas del mercado. No obstante, la experiencia reciente del CAW no se circunscribe ni mucho menos a un único sector. El sindicato ocupa un lugar muy destacado en la lucha contra los ataques de los empresarios. Entre las acciones recientes cabe mencionar una huelga de diez semanas apoyada por trabajadores en su mayoría inmigrantes en Butcher, Windsor (estado de Ontario), que logró impedir importantes recortes; una prolongada batalla librada en una fábrica de papel de Brunswick para defender los puestos de trabajo; la negativa a aceptar un acuerdo salarial de dos niveles en Fabco, una importante planta de troquelado; y el bloqueo realizado por barcos pesqueros en Newfoundland para proteger los derechos de los pescadores sindicados. La larga tradición de resistencia del sindicato continúa sirviendo de contrapunto al enorme desafío de la reestructuración. Lo que suceda finalmente con la actual coyuntura sigue siendo un misterio.

En el sector de las telecomunicaciones, los sindicatos han perdido fuerza como consecuencia de años de continua desregulación. Los nuevos trabajadores no sindicados han transformado el sector de forma radical. El sindicato dominante —el CEP o Comunicaciones, Energía y Papel— se ha encontrado con grandes dificultades para mantener el statu quo después de haber sufrido una serie de reveses negociadores clave. El CEP ha jugado un papel importante en la lucha contra la obligatoriedad de las horas extra, para lo cual organizó una campaña destinada a limitar las horas de trabajo en los convenios colectivos.

En el sector siderúrgico, el gigante canadiense Stelco, con enormes pasivos en concepto de pensiones, se ha declarado en bancarrota. Los sindicatos locales más importantes del Distrito 6 de la Unión de Obreros de la Siderurgia de los Estados Unidos están enzarzados en una compleja lucha para proteger las pensiones y evitar posibles rebajas. Hasta el momento, dichos sindicatos locales han conseguido resistir a la presión ejercida por los empresarios y los tribunales y han forzado a los líderes de la Unión de Obreros de la Siderurgia a defender su postura. El sindicato ha estado intentando influir en el resultado del proceso de licitación, pero va a ser muy difícil que lo consiga sin una visión alternativa de la empresa ni una estrategia para defenderla.

La industria de la alimentación y el comercio minorista refleja tendencias similares. Wal-Mart, con 262 tiendas y más de 70.000 trabajadores en Canadá, ha anunciado el cierre de su centro en Jonquiere, Québec, el único en toda Norteamérica que cuenta con un sindicato oficial. Otro de los centros está a punto de conseguir la oficialización de su sindicato, cosa que también se está intentando con fuerza en Saskatchewan. Hasta el momento son las acciones más importantes emprendidas contra el gigante minorista. Enfrentados a la presión que suponía la presencia de Wal-Mart, en 1993 el principal sindicato del sector de la alimentación, la Unión de Trabajadores de la Alimentación y del Comercio (UFCW), acabó por ceder a las importantes concesiones exigidas por el minorista alimenticio canadiense Loblaws.

La defensa de los derechos de los trabajadores del sector del transporte aéreo precisa de una campaña política destinada a convencer al público para que apoye las demandas de regulación de la industria y renacionalización de la compañía aérea canadiense Air Canada. Sin embargo, en la reciente crisis por bancarrota de esta última, ninguno de los cinco sindicatos defendió dichas demandas. A la hora de oponerse a realizar concesiones, aun con la mejor de las intenciones (aunque no fuera el caso de todos los sindicatos de Air Canada), el enfoque de miras estrechas que se adoptó apenas si permitía pensar en una victoria, sino tan sólo en una reducción de los perjuicios. En este contexto, el sentido que había tenido la importante y victoriosa batalla librada para defender los planes de pensiones definidos como prestaciones y que habían encabezado el CAW y el Sindicato Canadiense de Empleados Públicos (CUPE) se perdió debido a la reestructuración del convenio colectivo y al sacrificio de otros derechos.

Los empresarios de otros sectores son muy conscientes de qué es lo que estaba en juego en la crisis de Air Canada y con frecuencia recuerdan a los negociadores sindicales que la experiencia de Air Canada demuestra que su sindicato puede ser «razonable».

En muchos de esos casos, los sindicatos se han replegado. Incluso los que han mantenido una postura más consistente en contra de la realización de concesiones se han visto cada vez más en situaciones que los han obligado a negociar. No obstante, tales situaciones son sólo parte del problema.

Hay ocasiones en que los sindicatos salen perdedores en las luchas que entablan con los empresarios. A veces los trabajadores se ven obligados a prescindir de logros alcanzados con anterioridad. La cuestión de las concesiones tiene mayores implicaciones que el hecho de ganar o perder. Es más bien una cuestión de enfoque, de perspectiva ideológica. Cuando los sindicatos aceptan la *legitimidad* de la devolución de logros anteriores en materia de salarios, prestaciones o condiciones de trabajo en nombre de la competitividad o de la productividad, lo que ello implica es un cambio harto significativo en los términos de la lucha de clases. Cuando, después de luchar, los sindicatos se ven forzados a devolver determinados logros, deben explicar claramente a sus miembros las razones de la derrota y señalar los factores que les ayudarán a recobrarlos en el futuro, cuando las condiciones cambien. Las concesiones realizadas con toda claridad para mejorar la competitividad de los empresarios no se pueden legitimar en ningún caso como un objetivo sindical.

Así mismo, existen cada vez más reticencias a recurrir a la vía política para reivindicar la reducción del poder de las fuerzas del mercado. Y lo que es más alarmante: muy a menudo se reconoce abiertamente que la necesidad de mejorar la competitividad y la productividad es, en parte, responsabilidad de los trabajadores y de los sindicatos.

En el sector público, los cambios en el Estado motivados por el neoliberalismo han ejercido una enorme presión sobre los sindicatos y trabajadores del sector. A principios de la década de 1990, el servicio público federal asumió la mayor parte de la carga que representaron los enormes esfuerzos para la eliminación del déficit por medio de recortes en los presupuestos. La Alianza de los Servicios Públicos de Canadá (PSAC), su principal sindicato, se ha enfrentado a continuas operaciones destinadas a limitar los salarios, a privatizar diversos servicios y a «reorganizar el Gobierno», todo ello siguiendo el ejemplo estadounidense de aplicar los fundamentos de la producción con personal limitado a las instituciones gubernamentales.

Los recortes efectuados en las transferencias sociales del Gobierno federal a las administraciones provinciales para sanidad, educación postsecundaria y otros programas sociales, junto a las políticas neoliberales de estas últimas, plantean un importante desafío para los sindicatos provinciales del sector público. Dichas circunstancias han instado también a los sindicatos de profesores y de enfermeros a sumarse al movimiento sindical convencional. Todas las provincias del país han intentado recortar el gasto en sanidad mediante ataques a las condiciones de los trabajadores sanitarios y hospitalarios. La reestructuración del gasto público, de la administración y de las asignaciones presupuestarias en el nivel provincial está obligando a los sindicatos a competir entre sí, ya que se están redefiniendo las unidades de negociación y, por lo tanto, éstas se están abriendo a nuevos votos de representación. Eso ha dado lugar a amargas

consecuencias que han dividido al movimiento sindical en una serie de provincias.

Cada vez más, los gobiernos provinciales están optando por establecer empresas conjuntas público-privadas (P3). Las P3 siguen siendo de titularidad pública, pero su control real y su gestión han sido cedidos al sector privado. Constituyen en parte una respuesta a la resistencia de los sindicatos del sector público a la privatización total. Las P3 tienen un papel muy destacado en la política de las administraciones de Ontario y Québec. En el sector de la sanidad pública, el CUPE, el CAW y otros sindicatos, dirigidos y coordinados por la Coalición Sanitaria de Ontario, se han opuesto con éxito a las P3. Por lo general, sin embargo, los sindicatos no han emprendido una lucha consciente contra las P3.

Los trabajadores municipales se encuentran bajo la amenaza de un aluvión de fusiones y reestructuraciones administrativas, de nuevas presiones para competir con los servicios del sector privado y de medidas para trasladar los servicios previamente financiados y gestionados por instancias administrativas superiores a los niveles provincial y municipal. El CUPE es el principal sindicato del sector público en dichos niveles, y es el más grande del país. Ha encabezado una serie de huelgas municipales clave gracias a las cuales se ha conseguido evitar que los empresarios privaticen los servicios y los empleos.

Al igual que los sindicatos del sector privado, la respuesta de los sindicatos del sector público a la actual ronda de ataques ha sido poco uniforme. Las razones son similares, aunque no idénticas.

En la Columbia Británica, provincia de la costa oeste, el gobierno de derechas de Gordon Campbell logró imponer a los trabajadores hospitalarios de inferior nivel retributivo, mujeres en su mayoría, importantes recortes salariales, así como la externalización de sus puestos de trabajo. Aunque el sindicato (miembro del CUPE) y la Federación de Trabajo de la Columbia Británica lograron negociar una mínima contención de los ataques después de enfrentarse a la amenaza de una legislación represiva que imponía la vuelta al trabajo de los trabajadores movilizados, las concesiones finales fueron enormes. Eso provocó la ira y el descontento en el movimiento sindical. Los críticos comentaban el efecto negativo que suponía renunciar a la lucha y afirmaban que aceptar tales reveses sin desafiarlos motivaría la pérdida de expectativas en todo el país. Apoyándose en el fuerte apoyo a las acciones industriales que estaba apareciendo en toda la provincia, criticaban a los líderes por haber perdido una preciosa oportunidad para inspirar y movilizar a los trabajadores. Se preguntaban igualmente si la razón para no oponerse a Campbell no habría sido el temor que inspiraban las dificultades que ello habría comportado para que el NDP [Nuevo Partido Democrático] saliera elegido en las próximas elecciones provinciales. Se reconozca o no que el movimiento sindical de la Columbia Británica perdió una notable oportunidad para encontrar o negociar la mejor



retirada posible dadas las circunstancias, no cabe duda de que el episodio en cuestión suponía una importante derrota para el movimiento obrero y servía de ejemplo a otras administraciones neoliberales con objetivos similares.

Los sindicatos del sector público han mantenido una postura firme contra los recortes, las concesiones y la privatización, pero, como su contrapartida en el sector privado, han sido incapaces de llevarla a la práctica de manera sistemática. En el nivel local, los gestores piden que se compartan sus preocupaciones acerca de la privatización y, en ocasiones, convencen a los dirigentes sindicales para que reduzcan las demandas de los trabajadores o acepten cambios en las condiciones de trabajo (por ejemplo, aumentar el número de trabajadores «temporales») que reduzcan los costes del empresario.

Al igual que en el sector privado, no basta simplemente con decir «no». Para tener éxito, los sindicatos del sector público han de exigir tanto un incremento de las partidas presupuestarias (y unos impuestos más altos) para financiar los servicios públicos, como un enfoque diferente y más democrático de los servicios y de las asignaciones. La naturaleza de las actuales presiones muestra que, últimamente, los sindicatos del sector público no han planteado ese tipo de demandas.

Se puede decir que el papel más decepcionante lo han representado algunos de los cuerpos sindicales centrales. La mayor federación sindical, el Congreso Canadiense del Trabajo (CLC), no destaca por su habilidad directriz. Producto en gran parte de los grandes sindicatos a él asociados, cada uno de los cuales actúa más bien por libre, el Congreso siempre ha tenido problemas para mantener una posición fuerte capaz de provocar la oposición de algunos de sus poderosos asociados. Desafortunadamente, el CLC se ha hecho notar por sus recientes y bochornosas declaraciones públicas en las que aceptaba tanto las limitaciones impuestas por el NAFTA, el libre mercado y el neoliberalismo, como la continuidad de todos ellos.<sup>7</sup>

Durante los últimos años, las federaciones sindicales provinciales han mostrado una enorme debilidad. El fracaso de las federaciones de Ontario y de la Columbia Británica a la hora de promover campañas creíbles contra los gobiernos de tendencia conservadora de dichas provincias ha tenido un efecto demoralizador sobre los activistas. En Québec, donde cuatro de cada diez trabajadores están sindicados, los tres sindicatos centrales han sido incapaces de mantener una postura firme contra el gobierno neoliberal de Jean Charest.

Tras una serie de importantes experiencias que tuvieron lugar en la década de 1990 y hasta principios de la década de 2000 y que prometían crear un espacio de superación de la política socialdemócrata tradicional, el movimiento se ha refugiado en el mismo tipo de reformismo suave que ha frenado a los sindicatos de todo el mundo.

Los sindicatos tuvieron un papel importante a la hora de organizar y activar el movimiento de oposición al Acuerdo de Libre Comercio Canadiense-esta-

dounidense en 1988. Cuando en 1993 el primer Gobierno del NDP jamás elegido en Ontario responsabilizó a los trabajadores del sector público del déficit presupuestario y los obligó a realizar concesiones y anular los convenios colectivos, hubo una serie de sindicatos importantes, entre los que figuraban el CUPE y el CAW, que comenzaron a poner en entredicho sus relaciones con el partido. Bajo la superficie acechaban cuestiones más importantes que siempre habían influido en la dirección del pensamiento de las personas de esos y otros sindicatos, tales como la forma de manejar las relaciones con los gobiernos «amistosos» que buscaban disciplinar a la clase trabajadora; el tipo de opciones políticas de que disponen los trabajadores cuando el neoliberalismo exige a sus tradicionales aliados socialdemócratas que actúen de manera «responsable»; y cuáles son las posibilidades de desafiar al propio neoliberalismo.

Muchos de esos sindicatos reconocieron la existencia de una pauta común que definía tanto las experiencias de los gobiernos del NDP en la Columbia Británica, en Saskatchewan y en Manitoba como las de los gobiernos socialdemócratas europeos: las políticas neoliberales y el distanciamiento respecto de la clase trabajadora.

En 1995, cuando el gobierno conservador de línea dura de Michael Harris salió elegido en Ontario, esos mismos sindicatos encabezaron una serie de huelgas generales y manifestaciones rotativas de un día de duración conocidas con el nombre de «días de acción». Los activistas aprendieron a comprometer y a convencer a sus compañeros de trabajo (muchos de los cuales habían votado a Harris) para que se unieran a las huelgas en contra de los recortes en los servicios públicos y de los ataques a los derechos sindicales. A raíz de su participación en esas luchas, muchos aprendieron una importante lección acerca de un tipo diferente de acción política.

Miles de trabajadores participaron también en el movimiento antiglobalización que estalló repentinamente a finales de la última década. Varios sindicatos llevaron a cabo campañas internas de formación para convencer a sus miembros de que se opusieran al NAFTA y a la OMC y para que desafiaran la creación del Área de Mercado Libre de las Américas (FTAA). Todo ello sirvió para asegurar una masiva participación de la clase obrera en Windsor y, sobre todo, en la ciudad de Québec. El CAW incluso organizó un grupo de trabajo sobre la política de la clase obrera para implicar a sus miembros y activistas en un debate sobre el desarrollo de un nuevo tipo de política de clase apropiada para la era del neoliberalismo.

En 2002, gran parte de ese fermento comenzó a desaparecer. Tras el 11-S, el movimiento antiglobalización dejó de ser efectivo y los trabajadores apenas hicieron nada para resucitarlo, a pesar de que el NAFTA y la OMC continuaban obstaculizando la regulación estatal del capital. Los debates acerca de la naturaleza de la contrarrevolución neoliberal se abandonaron silenciosamente. Algunos líderes sindicales apoyaron con poco entusiasmo el intento de la izquierda

moderada de crear un movimiento político alternativo llamado «Nueva Iniciativa Política», aunque este se reintegró tímidamente en el NDP cuando el partido eligió a un nuevo líder. Los grupos de trabajo del CAW se convirtieron en poco más que en una serie de grupos de debate de los miembros sindicales (aunque sí que estimularon el desarrollo de otras iniciativas políticas dentro del sindicato). En Québec, las tres centrales sindicales continúan apoyando al neoliberal y soberanista PQ. Incluso allí, la mayoría de los activistas sindicales de izquierdas han optado por trabajar dentro de un grupo de izquierdas en el seno del PQ.

El movimiento obrero ha dejado de buscar modos de reducir la dependencia de la acumulación privada de capital como motor de la inversión y el crecimiento. La mayoría de sindicatos creen que la economía canadiense puede fomentar una competitividad que no dependa de un recorte de los salarios ni de un empeoramiento de las condiciones laborales; una competitividad, en cierto modo, «progresista». El marco del NAFTA, la OMC y el libre mercado se da por supuesto. Para la mayoría, la política se identifica de nuevo con el partido socialdemócrata canadiense, el NDP. Las manifestaciones de masas y campañas de formación han dado lugar, en la mayoría de los casos, a la creación de grupos de presión dedicados a exigir reformas a los gobiernos neoliberales moderados.<sup>8</sup>

Desde el punto de vista de los Estados Unidos, esa situación sería incluso más positiva que la tradicional dependencia de los partidos proempresariales, como el Partido Demócrata (aunque la creciente dependencia de los políticos burgueses de los grupos de presión se parece mucho a la política del movimiento sindical de los Estados Unidos).<sup>9</sup> Pero, sean cuales fueran las ventajas que pudiera comportar durante la posguerra el hecho de trabajar con un partido como el NDP, es difícil afirmar que el tipo de soluciones que ofrecía el partido —basadas como estaban en la creencia de la compatibilidad entre la justicia social y la acumulación privada de capital— sean válidas hoy en día. El apoyo de los trabajadores al NDP no es un problema en sí mismo, pero sí lo es la aceptación de una postura, por defecto moderada y de tercera vía, que es común a la socialdemocracia y al sindicalismo dominante en Canadá en la actualidad.

El movimiento sindical canadiense presenta además otros puntos débiles:

*Divisiones:* Dentro del movimiento obrero siempre ha habido importantes divisiones políticas, algo saludable y que a menudo crea espacio para la izquierda. Hace una década existía un acalorado debate entre los partidarios de la participación de los trabajadores en el poder y de los fondos de inversión de los sindicatos y los que defendían una mayor independencia de clase y un aumento de las luchas y del control político sobre el capital; entre los que apoyaban una estrategia de competitividad en las exportaciones y los que abogaban por el desarrollo de las necesidades y capacidades nacionales. Las diferencias entre los sindicatos de base nacional y los sindicatos internacionales con

base en los Estados Unidos eran importantes. Los contextos cambian y los retos estratégicos de un momento dado pueden dejar paso a otros. Sin embargo, hoy en día, las disputas entre los distintos intereses de ámbitos jurisdiccionales en competencia han acabado con tan apasionantes debates políticos y estratégicos. Ello se debe sólo en parte a la agresiva competitividad entre sindicatos por la obtención de nuevos afiliados, en ocasiones en sectores que se solapan, y tiene más que ver con la regresión política que ha afectado al movimiento sindical y con la sequía de perspectivas alternativas. No existe una discusión similar al creciente debate dentro del movimiento obrero estadounidense sobre cuál ha de ser el enfoque estratégico.

*Organización:* Los sindicatos canadienses suelen pensar en la organización como una forma de incrementar el número de afiliados a su sindicato en particular, y no como parte de una estrategia de edificación del poder de clase. Ha habido modestos éxitos organizativos, pero gran parte del crecimiento de los sindicatos más grandes se ha producido como resultado de fusiones. Aunque los cambios habidos en los últimos años en el marco legal relativo a la sindicalización han redundado, sin duda alguna, en beneficio de los empresarios, existen también problemas fundamentales dentro del propio movimiento. No parece que exista demasiado interés en diseñar campañas colectivas que impliquen a varios sindicatos con el fin de lograr avances significativos en la organización de un determinado sector. Aquí no se tienen en cuenta los diversos proyectos al respecto llevados a cabo en los Estados Unidos, como es el caso de las campañas realizadas por el SEIU, el UFCW y la AFL-CIO para crear las condiciones que permitan la sindicalización en Wal-Mart. Si tenemos en cuenta la estratificación que presentan los mercados laborales canadienses, se trata, sin duda, de una debilidad bastante importante.

*Democracia interna:* Dentro de los principales sindicatos canadienses apenas si existe un debate sustancial acerca de las políticas y enfoques sindicales. Incluso allí donde existen espacios para el debate y la discusión, los líderes casi siempre predeterminan la forma y los resultados. Las personas de la izquierda carecen de confianza para enfrentarse y crece el cinismo sobre la futilidad de expresar la opinión personal. En foros más amplios, como es el caso de las convenciones, se toman demasiadas decisiones potencialmente controvertidas entre bastidores y, a excepción de la contribución de un puñado de disidentes, los debates suelen resultar estériles.

*Estructura:* Algunos de los sindicatos más poderosos del sector privado están sometidos a un fuerte control central. Eso les permite coordinar las estrategias de negociación y organizar campañas políticas unificadas. Ahí es donde radica su fuerza. No obstante, ese poder central compuesto por líderes electos, tan necesario para dirigir las luchas y comprometer en ellas a los trabajadores, dificulta la filtración de perspectivas alternativas desde la base y silencia los potenciales desafíos. En el otro extremo se encuentran algunos de los mayores

sindicatos del sector público. Su descentralización es tal que carecen de la suficiente capacidad para organizar verdaderos debates y para llevar a cabo campañas bien definidas o compartir una propuesta para la negociación colectiva. Algunos de los grupos en el interior de dichos sindicatos han utilizado su autonomía para desafiar de forma creativa a los empresarios (lo que, en el sector público, incluye también necesariamente las campañas políticas), pero otros han *apoyado* a los empresarios ante las políticas generalmente progresistas de los líderes centrales electos.

*Dirección:* La actual generación de líderes sindicales canadienses está compuesta, en su mayoría, por activistas inteligentes y entregados que han ascendido desde las bases. No se parecen en nada a la caricatura habitual del gordinflón con puro en boca totalmente ajeno a la realidad de sus miembros. Encaran retos distintos y más complejos que los de sus predecesores. Proceden, además, de una tradición política común, ya que se trata de las personas que lograron mejoras significativas en la década de 1970 mediante la negociación, las actividades políticas reformistas y la lucha de masas. Todavía recuerdan la época en que era posible obtener nuevos beneficios y, de manera simultánea, satisfacer los intereses de los empresarios por un espacio competitivo. La agresividad actual de los empresarios carece de precedentes y no se puede afrontar con los enfoques políticos y organizativos tradicionales. Con una izquierda radical débil y la lucha de masas en decadencia, existe escasa motivación para confiar o ni siquiera pensar en otros enfoques. La izquierda ya no ejerce la presión habitual. Carece igualmente de una oposición programática y se ha acostumbrado a trabajar en sistemas virtualmente de partido único. Equilibrar la preocupación por los puestos de trabajo y la necesidad de conseguir nuevas mejoras es siempre difícil, independientemente de la política que uno siga. Sin embargo, sin una conciencia real de las posibilidades de desafiar la lógica del capital —en una época en que el espacio para actuar de manera progresista y respetar a la vez la necesidad de ser competitivo es cada vez más pequeño— la izquierda se ha vuelto extremadamente ambigua a la hora de organizar (o de tolerar) el tipo de resistencia colectiva que solía encabezar en periodos anteriores.

El movimiento obrero canadiense debe tomar conciencia de que el presente periodo, dominado por la agresividad de los empresarios, tiene sus raíces en la fase presente del capitalismo y requiere una respuesta radical y enérgica. La vuelta a la era del estado de bienestar es imposible. El movimiento obrero debe ir más allá de la simple oposición a realizar concesiones, a la privatización y al desmantelamiento de los programas sociales. Debe enfrentarse al neoliberalismo y a sus fundamentos.

El movimiento obrero debe trabajar en unión con otros movimientos, pero debe tomar la iniciativa en la creación de un movimiento destinado a desmantelar el NAFTA y enfrentarse a los poderes del capital que limitan nuestra capacidad de desarrollar una economía más orientada hacia las necesidades internas

del país. Debería estar al frente de la lucha por la obtención, por parte de los canadienses, del control democrático de su vida política y económica ante la creciente integración en el imperialismo estadounidense que defienden sin cesar los sectores dominantes de la clase capitalista canadiense. En el puesto de trabajo, los trabajadores tienen que desafiar implacablemente la brutal aceleración del trabajo asociada a la aplicación casi universal de técnicas y prácticas de producción con poco personal. Los sindicatos deben presentar razones para un tipo de lugar de trabajo distinto al del capital.

Todos esos cambios radicales en los objetivos económicos y políticos del movimiento requieren una transformación igualmente radical en la manera que tienen los sindicatos de gestionar sus asuntos. El funcionamiento interno de los sindicatos canadienses debe aportar un lugar en el que unos miembros informados puedan debatir libremente e influir en la toma de decisiones. Es preciso que exista una atmósfera de creatividad y apertura a nuevas ideas.

La sindicalización debe convertirse en la principal vía de reconstrucción de la unidad de clase y lograr que los trabajadores con baja remuneración o que trabajan en cadenas de comida rápida o negocios minoristas pasen a engrosar las filas de las organizaciones obreras. Todo ello requiere un esfuerzo cooperador entre sindicatos, para pasar a centrarse en unas prioridades previamente acordadas. Los sindicatos canadienses pueden aprender de algunos de los interesantes experimentos que se están intentando llevar a cabo en los Estados Unidos.<sup>10</sup>

Quizás el aspecto más fundamental sea la necesidad de contar con movimientos políticos alternativos que aporten una orientación socialista a las luchas de los trabajadores. Estos no surgirán del interior de movimiento sindical y es necesario, pues, que se construyan fuera de él. El radicalismo político que empezó a gestarse en la década de 1990 en el CUPE, el CAW, el CUPW y en otras partes no era sostenible sin la existencia de una izquierda socialista organizada. Los sindicatos no son capaces de erigirse en equivalentes funcionales de los partidos.

Es necesario un punto de referencia político —diferente tanto del «liberalismo» que prevalece en los Estados Unidos como de la ortodoxia socialdemócrata de Canadá— que eleve las perspectivas de desafiar al sistema y que actúe de contrapunto a la atmósfera dominante de resignación y a las posibilidades cada vez más estrechas que ofrece el neoliberalismo. Se trata de un instrumento necesario para aunar las fuerzas presentes dentro del movimiento sindical que desean transformarlo, así como de una forma importante presionar desde la izquierda a los líderes sindicales actuales.<sup>11</sup>

Aunque no existen recetas sencillas para propiciar el cambio, siempre es posible apoyarse en una serie de tendencias, proyectos y factores.

La tradición de la militancia sindical en Canadá no está muerta en absoluto. Un elevado número de trabajadores ha participado recientemente en huelgas, acciones directas en los lugares de trabajo y campañas políticas, así como en las manifestaciones masivas de las últimas décadas. En particular, los sindicatos que

poseen una tradición de lucha más notable cuentan entre sus filas con grupos de activistas a la búsqueda de proyectos que prometan una salida a la indefensión y resignación del periodo actual. En Canadá, la actitud general frente al sindicalismo es menos hostil que en los Estados Unidos, lo cual contribuye a crear un espacio.

Existe una honda preocupación por el imperialismo estadounidense entre la clase trabajadora de Canadá y entre muchos otros canadienses. Como víctimas de la dominación política y económica de los Estados Unidos (dominación apoyada y facilitada por la burguesía canadiense), el imperialismo afecta a los trabajadores canadienses de forma distinta a como afecta a los trabajadores del otro lado de la frontera. La presión de las masas y la opinión pública influyeron en la negativa del Gobierno de Jean Chretien a la participación de Canadá en la infame coalición, así como en la decisión del actual primer ministro Paul Martin de abandonar el programa de misiles defensivos de Bush. La oposición al imperialismo estadounidense representa, de diversos modos, un recurso importante para la conciencia de la clase trabajadora.

Existe una serie de sindicatos en los que están surgiendo iniciativas creativas por debajo de la línea de detección. El CAW mantiene dentro del sindicato toda una variedad de cursos de formación desarrollados e impartidos de forma independiente, entre los que se incluyen programas negociados tanto dentro de las empresas como en lugares con alojamiento para los asistentes. En todos ellos se siguen planteando las cuestiones de base y los principales retos. Sus nuevos Comités de Participación Política Sindical tienen la capacidad de organizar campañas políticas desde los sindicatos con independencia del NDP. El CUPE, a pesar de su estructura descentralizada y fragmentada, cuenta con nutridos focos de militancia que organizan campañas creativas en sus comunidades y en los lugares de trabajo. En Ontario, un nuevo grupo de líderes militantes de diferentes sindicatos, dirigidos desde el CUPE, se está organizando para defender a los trabajadores de los hospitales y oponerse a los recortes. En la industria siderúrgica, un frente durante largo tiempo conservador y con una dirección centralizada, hemos asistido hace muy poco al desarrollo de una oposición autónoma, de consejos regionales y otros espacios democráticos, así como de un movimiento de lucha contra la cesión de anteriores logros. El ingente sindicato local de Empleados de Hoteles y Restaurantes (HERE) de Toronto fue el centro de campañas políticas desde los lugares de trabajo destinadas a aumentar el poder de los trabajadores de color mal remunerados. Con ello se reconstruía lo que había sido una organización corrupta e indefensa y quedaban instaurados los componentes fundamentales de la negociación sectorial.<sup>12</sup>

Muchos sindicatos han asistido al desarrollo de audaces y sofisticadas estructuras de defensa de los derechos humanos que han dado lugar a grupos autónomos de trabajadores de color, mujeres y gays, lesbianas, bisexuales y transexuales. Tales grupos han atraído a nuevos grupos de votantes a las filas del activismo y han creado un nuevo espacio para la radicalización de la política.<sup>13</sup>

Dentro de los sindicatos se continúa trabajando contra el imperialismo y despertando la conciencia de los trabajadores acerca del imperialismo, el neoliberalismo y la necesidad de apoyarse mutuamente en las luchas comunes. Existen también redes dilatadas e informales de activistas en los sectores de la sanidad, la seguridad y el medioambiente entrelazadas con el movimiento sindical y que cuentan también con elementos radicales que constituyen una base potencial para efectuar un cambio.

Mientras que los sindicatos centrales y las federaciones provinciales se han quedado estancadas, una serie de consejos obreros en distintas ciudades se ha hecho cargo de parte de la falta de actividad organizativa que despliegan los miembros sindicales de sus comunidades y se ha lanzado a emprender campañas políticas, a iniciar programas de formación sindical para preparar a los jóvenes aspirantes a dirigentes, a enseñar a los activistas de las comunidades de color toda una serie de habilidades relacionadas con la creación de sindicatos y a forjar nuevas coaliciones políticas municipales.

Las coaliciones surgidas en torno a la defensa de la sanidad ponen a los sindicalistas en contacto con activistas jóvenes de influencia marxista y presionan a los sindicatos para que profundicen en sus análisis y prácticas políticas. Hay también pequeños grupos de activistas obreros que trabajan con empleados domésticos, trabajadores precarios, refugiados y «sin papeles», aunque no cuentan con un verdadero apoyo de las estructuras del movimiento obrero. Además, en todas las grandes ciudades, los activistas contra la pobreza, influidos habitualmente por ideas políticas anarquistas, organizan acciones que reciben gran publicidad y que implican a los «sin techo» y a los receptores de asistencia social. También ellos contribuyen a radicalizar a un pequeño número de sindicalistas de todo el país.

Por último, han surgido nuevos esfuerzos para crear un movimiento socialista de base obrera. Despojados de gran parte de su antiguo bagaje sectario, aunque aquejados aún de los efectos de la derrota histórica de los socialistas en nuestra época, traen consigo la esperanza de reconstruir una tradición que en estos momentos es inmensamente necesaria. Sus esfuerzos son de crucial importancia, ya que sin un proyecto consciente que oriente las fuerzas positivas existentes hacia una dirección socialista y que construya una visión independiente basada en la clase, el movimiento de transformación de los sindicatos sólo puede ser superficial. El sindicalismo canadiense podría muy bien retroceder aún más y experimentar el tipo de crisis que están sufriendo nuestros vecinos de los Estados Unidos.

## Notas

1. Datos canadienses procedentes de HRDC Canada, Workplace Information Directorate, *Union Membership in Canada, 2004*, y de Statcan, *Perspectives on Labour and Income, Fact Sheet on Unionization 5*, nº 8 (agosto de 2004). Los datos relativos a los Estados Unidos proceden del USDL, *Union Members Summary*, 27 de enero de 2005.



2. En estos casos, las penas son draconianas. A menudo se utiliza la represión contra las acciones realizadas por los trabajadores con salarios inferiores para recuperarse tras años de congelación y recortes salariales. Véase Leo Panitch y Donald Swartz, *The Assault on Trade Union Freedoms: From Wage Controls to Social Contract*, 3ª ed. (Aurora, Ontario: Garamond Press, 1994).
3. El argumento procede de las notas revisadas de un discurso pronunciado por Sam Gindin, «Frozen in Neoliberalism's Headlights: Labor and the Polarization of Options», el 22 de octubre de 2004 en la Conferencia Auto21 sobre Trabajadores y Mercados Laborales en la Economía Global, McMaster University, Hamilton, Ontario. Gindin afirma que el neoliberalismo desorganiza a la clase trabajadora a través de pautas de consumo individualizadoras, de la estratificación interna y de una dependencia institucionalizada respecto de la competitividad.
4. Andrew Jackson, «Solidarity Forever? Trends in Canadian Union Density», en *Studies in Political Economy*, n° 74 (otoño de 2004), p. 139. Jackson sugiere que las pérdidas son consecuencia del aumento de la proporción del empleo no sindicado en el sector manufacturero. Eso, a su vez, lo atribuye a «la combinación de una importante pérdida de puestos de trabajo en las plantas sindicadas como consecuencia de cierres y de despidos, del reciente y más intenso crecimiento del empleo en plantas no sindicadas respecto a las sindicadas y a la hostilidad mucho mayor de los empresarios hacia la organización sindical».
5. Jackson, «Solidarity», p. 130.
6. Jackson, «Solidarity», p. 134.
7. Véase Canadian Labor Congress (CLC), notas del discurso pronunciado por el presidente Ken Georgetti en la Conferencia sobre Política Industrial de la CLC, 22 de septiembre de 2004, <http://clc-cta.ca/>.
8. En respuesta a los recientes cambios en la normativa electoral que restringen la subvención de los partidos por parte de corporaciones y sindicatos, el CLC organizó en las últimas elecciones federales lo que denominó una «campana centrada en las cuestiones». Los contenidos diferían poco de los de la plataforma del NDP y apenas se hizo nada para formar o movilizar a los trabajadores.
9. Los sindicatos siempre tienen que complementar sus principales estrategias políticas, como son el trabajo con sus propios partidos políticos y las mejoras en la movilización y la formación de las masas, con el desarrollo de algún tipo de relación continuada con los diferentes gobiernos existentes. El excesivo hincapié que hoy en día se hace en esto último es extremadamente preocupante.
10. Véase Dan Clawson, *The Next Upsurge: Labor and the New Social Movements* (Ithaca: Cornell University Press, 2003). Se trata de un fascinante informe sobre los creativos y emocionantes experimentos surgidos a raíz de la crisis del movimiento obrero en los Estados Unidos.
11. Hill Fletcher Jr., discurso pronunciado en la conferencia Notas sobre el Movimiento Obrero, 12 de septiembre de 2003. <http://www.labornotes.org>. Se trata de una clara explicación de la necesidad de contar con perspectivas que desafíen al sistema capitalista a la hora de promover un ambiente donde sea más probable lograr avances cruciales para la clase obrera.
12. Chris Schenk, «Union Renewal and Precarious Employment: A Case Study of Hotel Workers», sin publicar, 2004.
13. El activismo del movimiento de gays, lesbianas, bisexuales y transexuales (LGBT) se puede medir por el apoyo casi unánime que los sindicatos brindan a la lucha por el matrimonio homosexual.